





El dilema de Proust o el paseo de los sabios



Javier Mina

EL DILEMA DE PROUST

O EL PASEO DE LOS SABIOS

Un ensayo sobre el paseo en la historia
y la literatura universales



Berenice

© Javier Mina, 2014
© de esta edición: Editorial Berenice, S.L., 2014
www.editorialberenice.com

Primera edición: septiembre, 2014

Editor: Javier Ortega
Diseño y preimpresión: Equipo Berenice

Maquetación y corrección: Deculturas S. Coop. And.
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-15441-60-1
Depósito legal: Co-1229-2014
Código BIC: DNF; BG

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / Printed in Spain

*Para Josebe
(Y los pocos amigos)*



Contenido

PREÁMBULO | 11

UNO: HACIA EL PASEO | 15

Grecia: paseando por necesidad (y virtud) | 17

Esplendor romano (incluso del yo) | 41

¿Edad Media y paseo podrían ser incompatibles? | 71

La universalización del paseo | 105

DOS: EL PASEO INCLUSO COMO ARTE | 141

El merodeo romántico | 143

Un paseo nuevo | 163

Un nuevo golpe (radical) de timón | 195

Las mujeres se van de paseo | 219

De paseo por el arte | 243

Paseando de lado a lado (y viceversa) | 259

Derivas o el paseo amenazado (un epílogo tal vez
amargo) | 315

BIBLIOGRAFÍA | 343



Preámbulo

EL DILEMA de Proust tiene que ver, naturalmente, con el paseo, o no hubiera dado título al libro. De pequeño, el agudo Marcel se veía confrontado a la alternativa o bien de pasear por el camino de Guermantes o bien por el que discurría por delante de la casa de Swann. Es decir, *du côté de chez Swann* o por *le côté de Guermantes*, en las respectivas acepciones originales que encabezarán sendos libros de la monumental *A la búsqueda del tiempo perdido*. En realidad, la decisión sobre el camino a tomar era tan drástica que implicaba salir por un lado o por otro de la casa de campo que ocupaba transitoriamente la familia Proust en Combray. Ahora bien, la posibilidad de elegir uno u otro itinerario no correspondía al chaval, sino a los adultos, por lo que no se veía confrontado directamente al dilema. El auténtico dilema se producirá durante uno de esos paseos —el del camino de Guermantes— y afectará directamente al niño Proust, por cuanto deberá optar por una de las disyuntivas a las que se ve emplazado. En efecto, el pequeño rumia si deberá de seguir o no un camino muy particular, el de la escritura. Y concluye que no:

Desde aquel día, en mis paseos por el lado de Guermantes sentí con mayor pena que nunca carecer de disposiciones para escribir y tener que renunciar para siempre a ser un escritor famoso. La pena que sentía, mientras que me quedaba solo soñando a un lado del camino, era tan fuerte; que para no padecerla, mi alma, espontáneamente, por una especie de inhibición ante el dolor, de-

jaba por completo de pensar en versos y en novelas, en un porvenir poético que mi falta de talento me vedaba esperar.

De toda evidencia se trata de un falso dilema. O no hubiéramos podido saber nada de los paseos de un Marcel Proust niño que volvería, ya de adulto, a transitar por aquellos caminos de la infancia meditando sobre lo que se convertirá finalmente en libro. Empresa en la que ya no tuvieron tanto que ver los pies sino cierta magdalena. Porque escribir o no escribir, ese es el verdadero dilema, a menos que consista en pasear o no. Pero una cosa está clara, de lo que se va a tratar aquí es del paseo llevado a la página aunque sólo sea para dar razón al subtítulo.

Resulta plausible pensar que las cosas no sucedieron invariablemente así, es decir, que el paseo no siempre ha sido cosa de sabios, por jovencuelos que fueran. Hasta pudo haber momentos en que ni siquiera se paseó, pero una cosa es verdad, todo comenzó en el valle africano de Laetoli, cerca de Olduvai, hace cuatro millones de años. O así lo atestigua el descubrimiento realizado en 1976 por Mary Leakey y su equipo. Cierta día que excavaban en busca de restos humanos —o similares— encontraron las huellas fosilizadas de tres homínidos que caminaban en la misma dirección. Del estudio de las huellas, los científicos concluyeron, primero, que se trataba de individuos adaptados anatómicamente para andar erguidos y, segundo, que caminaban tranquilamente, es decir, que no les acuciaba ni la urgencia de la caza ni la de la huida. Gracias a las cenizas del cercano volcán Sadiman quedaron congeladas, pues, para la posteridad las primeras huellas de lo más parecido a un paseo que se conoce. Desde aquel episodio tan lejano en el tiempo hasta el más lejano en el espacio —por el momento—, el que Armstrong dio por la Luna —«Un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad»—, han mediado muchas zancadas. La mayoría seguramente dados por cumplidas —el pie ha sido y es el vehículo del pobre—, pero no han faltado los nacidos del placer asociado a ellos, el paseo.

Y, sí, puede que al comienzo fuera cosa de sabios, porque fueron ellos los que, además de practicarlo como el resto de los mortales, levantaron acta del mismo si no es que lo convirtieron en un arte asociado al pensar. No cabe duda de que les corresponde a los sabios de la Antigüedad griega haber hecho filosofía paseando y, a los de

la Antigüedad romana, mostrarse paseando, es decir, interactuando con el entorno para resultar modificados por él. Bien es cierto, que sobrevino una época oscura donde casi no se podía pasear —la Edad Media— y que desde el siglo xvi se empezó a pasear mucho. Tanto, que se fueron dando paseos especializados —los de ver y dejarse ver, los de recolectar plantas o minerales, los montañistas...— y no faltaron las maneras de hacerlo poco sabias e incluso tontas —como por ejemplo, pavoneándose—, pero todo contribuyó a que el paseo se fuera perfeccionando. Atravesó una etapa teñida de melancolía y emociones con los románticos, para acabar desembocando en un paseante llamado Baudelaire que sentó las bases del paseo moderno sencillamente porque lo incardinó a la ciudad moderna que estaba naciendo bajo sus pies. En lo práctico, todo eso llevó al paseo cardiosaludable o de aventura en sus diferentes modalidades, y, en lo artístico, a cumbres literarias y obras vanguardistas. No cabe imaginar que el paseo pueda morir de éxito, aunque es fácil que resulte distinto al que dejaron sentados los sabios. Porque el paseante está incorporando a su forma de ser tecnologías de última generación que, por un lado, le anulan como sujeto distrayéndole de pensar y, por otro, le borran el entorno sustituyéndolo por pantallas. Visto lo visto, hasta es posible que los homínidos de Laetoli no pasearan porque iban enchufados audiovisualmente a sus *smartphones*.

